

Rituales y creencias sobre la fecundidad humana entre los mayas

MARTHA ILIA NÁJERA

Fomentar la vida es la máxima preocupación del hombre, sobre todo cuando los medios de subsistencia no están seguros; la provisión de alimentos es fuente constante de angustia y produce estados de tensión emocional. Dicha inquietud se acentúa en aquellos grupos donde el producto de la agricultura depende de la lluvia y el sol; la caza de la cantidad de animales, y la continuidad del grupo social del nacimiento de sus miembros. Cuando los medios tecnológicos al alcance fallan o son insuficientes en estos grupos, el hombre aplica una organización ritual, en parte mágica y en parte religiosa, ya sea para amortiguar los fenómenos naturales, como las sequías y las tormentas, o para pedir la ayuda de seres sobrenaturales que respondan a las súplicas y necesidades humanas.

A lo largo de la historia de los mayas antiguos, encontramos multitud de ritos encaminados a lograr buenas cosechas, y caza y pesca abundantes: ofrendas, oraciones a los dioses, procesiones, suntuosas ceremonias donde se ofrecían vidas humanas. De igual forma los mayas contemporáneos practican numerosos rituales relacionados con la siembra, la cosecha y la petición de lluvias; su calendario ritual gira alrededor de conseguir el sustento humano.

Existen pocos datos sobre los rituales encaminados a fomentar la fertilidad humana y acerca de las creencias sobre la esterilidad; no obstante, la imposibilidad de procrear ha sido motivo constante de desasosiego. Esta escasez de información tal vez responda a que, en términos generales, no se trata de ceremonias comunales y calendáricas sino de ritos individuales privados que realiza la pareja incapaz de tener hijos, difíciles de captar para los frailes, que comunican las costumbres de los antiguos, y para los etnógrafos que estudian las de los contemporáneos.

Entre los pocos ritos comunales conocidos tendientes a fomentar la fertilidad humana, cabe mencionar los *Cantares de Dzitbalché*, fuente colonial que proviene de Campeche. En el cantar 7, llamado *Kay-Nicté*, "Canto de la flor", se relata una danza de las jóvenes vírgenes para pedir fertilidad bajo

la luz de la luna, junto a una poza, en la espesura del bosque, escondidas de las miradas indiscretas. El ritual lo dirige una anciana y las jóvenes portan, entre la parafernalia citada, copal y diversas clases de flores, entre ellas la plumeria, o flor de mayo. Además llevan objetos para hilar, instrumentos musicales como la concha de tortuga y el caracol, con los que se acompañan para danzar desnudas a la espera de "[...] que surja la bella estrella que humea sobre el bosque. Quitaos vuestras ropas, desatad vuestras cabelleras; quedaos como llegasteis aquí, sobre el mundo, vírgenes, mujeres mozas [...]"¹

Parece tratarse de un ritual de iniciación femenina, el paso a la edad adulta, el momento de alcanzar un estadio de la vida que se caracteriza por la plena madurez sexual, de fertilidad; las jóvenes se desvinculan de su vida precedente y se insertan en un nuevo contexto, en el de mujeres reproductoras. En el rito la anciana funge como la maestra de iniciación, y la idea del renacimiento propio de los ritos de paso se da al efectuarse el ritual durante la noche, sinónimo del interior de la tierra, la oscuridad, la muerte, el tiempo de las gestaciones, de las germinaciones. Además, según Chevalier, su desnudez simboliza un retorno al estado primordial, una purificación, que permite que penetren con facilidad las energías divinas.

La danza, forma dramática de expresión cultural, es un reclamo de la bendición celeste, de la fertilidad; es el momento en que la mujer se realiza como tal; con la danza se intenta reavivar las fuerzas cósmicas; de ahí que se celebre bajo la tutela de la luna. Las jóvenes se identifican con el astro, pues es la fuente de toda fertilidad, gobierna los ciclos vitales; es asimismo deidad de las aguas, madre de la vegetación, protectora del embarazo y del parto.

Las flores que las vírgenes portan simbolizan en esencia el principio pasivo, lo femenino, el amor y la armonía que

¹ "Cantares de Dzitbalché", Cantar 7, en *Literatura Maya*, pp. 367-369.

caracterizan a la naturaleza primordial; en la mítica maya, la flor de la plumeria, que es un símbolo sexual, es fecundada por un colibrí, epifanía de la deidad celeste, y de esta unión nace el sol.² El copal, propio de las ceremonias indígenas, por su propia ligereza es un alimento de las divinidades; el aromático incienso se encarga de purificar el rito y de elevar las plegarias a la bóveda celeste; es, como señala el “Libro de las pruebas”, en el *Chumayel*, “la resina del cielo, el incienso labrado en muchos granos”.

La tortuga, cuyo caparazón sirve como instrumento de percusión que marca el ritmo de la danza, posee entre sus simbolismos el de la Gran Madre terrestre; los caracoles, de canto lúgubre, tal vez evoquen un sonido primordial, más aún porque son salidos del mar, imagen de las aguas creadoras, por lo que se asocian al origen y al agua; por su forma, a la luna, y por ende a la fertilidad. El *Cantar* hace mención de instrumentos para hilar, propios del sexo femenino vinculados también con la diosa lunar; hilar o tejer se equipara al acto de creación, de alumbramiento.

Y por último la poza —alegoría del líquido primigenio, origen de todas las cosas preformadas, portadora de los gérmenes de la vida, de la abundancia— contagia a las mujeres de sus atributos y, al llegar el nuevo día, logran su renacimiento cargadas de fertilidad.

Entre los rituales individuales para pedir fertilidad, fray Bartolomé de las Casas menciona uno que también se vinculaba con el agua. Refiere que en Guatemala, durante la época prehispánica, cuando una pareja no podía concebir, ofrendaba en las fuentes. Agrega que “[...] si hallaban algún árbol acaso que fuese muy espeso de hoja, debajo del cual saliese alguna fuente, el lugar era divinísimo, por concurrir en él dos divinas cualidades [...]”.³

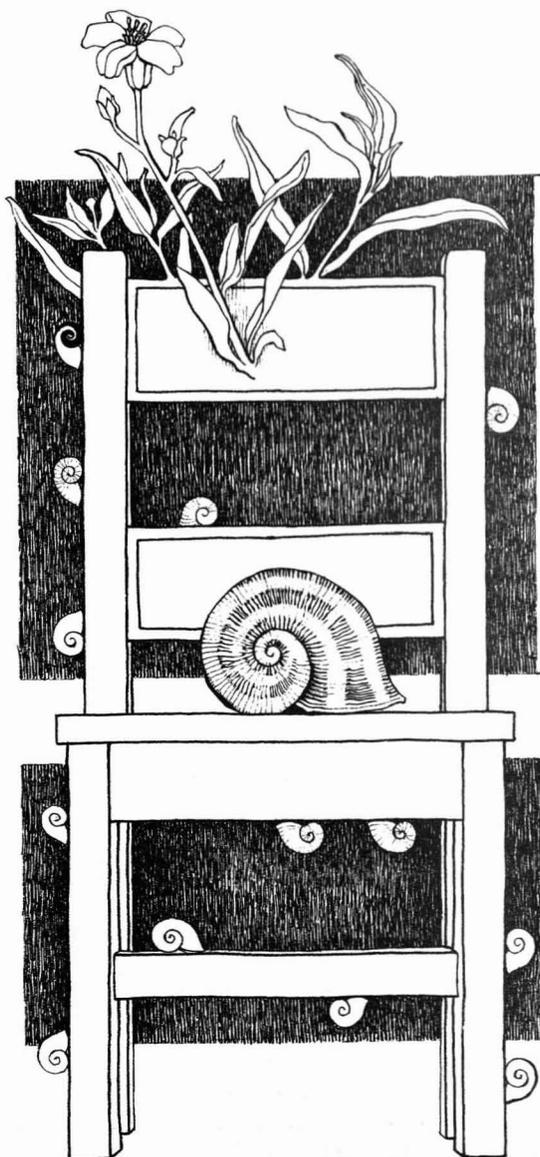
El hecho de que se presentara en un solo sitio un árbol y una corriente de agua enriquecía su simbolismo y aumentaba su sacralidad. Por un lado tenemos al árbol, imagen de lo masculino y de la regeneración rítmica, de la vida inagotable que se concentra en la vegetación, y por tanto una metáfora de la resurrección de la vida; el árbol a su vez se inserta en el complejo simbolismo del eje cósmico, vía de unión entre el cielo, tierra e inframundo, entre el mundo sagrado y el profano, por donde los seres divinos se comunican con los hombres. Sus raíces penetran en las profundidades terrestres, en el mundo de la muerte, lugar de donde proviene la vida y de donde surge el fruto.

El agua, por su parte, es, como señala Eliade, alegoría de lo femenino, líquido cuyo destino es engendrar sin cesar; todo lo que regresa a ella inerte y estéril adquiere nueva forma y vida. De acuerdo con los mitos cosmogónicos de los antiguos quichés, del caos acuático surgirán los dioses creadores, fundamentándonos los conceptos de los mayas acerca del valor creativo de este líquido. El que sea una corriente de agua im-

plica que es “agua viviente”, a diferencia de las “aguas muertas” o estancadas, y el ser una fuente indica que proviene de la oscura matriz de la Gran Madre.

Al realizar un rito en un espacio tan sagrado se logra una mayor efectividad simbólica, gracias a que se da una comunicación con las divinidades y a que se conjuntan dos fuerzas opuestas: lo masculino y lo femenino, padre y madre, caliente y frío, fuerzas relacionadas con la fertilidad que producen un flujo de energía divina que regenera a la pareja.

En el siglo XVII, otro fraile, Francisco Ximénez, escribía sobre los indígenas quichés y decía que cuando una pareja era estéril, se purificaba antes de acercarse a las divinidades mediante un sencillo ritual para pedir fertilidad. Después de pronunciar sus peticiones, ofrendaban su sangre y sacrificaban aves a los seres sobrenaturales para obtener sus favores. También se abstentían de relaciones sexuales durante cuarenta o cincuenta días; aun cuando las relaciones sexuales eran



² Mercedes de la Garza, *Aves sagradas de los mayas*, p. 59.

³ Las Casas, *Apologética historia sumaria...*, III, CLXXIX, p. 223.

exaltadas para el logro de la procreación, la complejidad misma de las creencias religiosas daba lugar a una serie de restricciones.

El periodo de abstinencia sexual era por un lado para purificarse y poder invocar a las divinidades sin riesgo, y por otro para no contaminar el rito que se proponían efectuar; la abstinencia además fortalecería su vigor anímico y estarían proclives para engendrar. Adquirirían la energía calorífica suficiente, concretada en esa entidad anímica, pues la procreación se considera como la suma del calor femenino y el masculino.

Un requisito más que señala Ximénez en el caso de los quichés era la abstención de condimentos como la sal, que detenta entre sus valores simbólicos el de la esterilidad, ya que la tierra salada es sinónimo de tierra árida. También, el llevar a cabo una privación voluntaria de un condimento esencial y fisiológicamente indispensable, implica una penitencia que fortalece espiritual y físicamente.

La pareja estéril, continúa el fraile, sólo tenía permitido alimentarse con maíz, elemento sagrado del cual fue conformado el ser humano, símbolo de la prosperidad, del origen del hombre: su simiente. Este grano otorgaría la esencia sagrada necesaria para la procreación, incorporaría en el organismo aquello que nace de la Gran Madre, participando de la naturaleza telúrica. A su vez, al ingerir el maíz, a diferencia de los dioses que sólo se alimentan de esencias, se simboliza la condición humana del hombre, capaz de reproducirse, pero también de morir.

Una vez congraciadas las deidades, los antiguos quichés llevaban a cabo actos propiciatorios para cargarse de fertilidad, como era dormir sobre la tierra para adquirir por magia de contacto la fuerza procreadora de la Gran Madre telúrica; el ritual tiene fuertes connotaciones sexuales y es indispensable que el cuerpo esté en contacto con elementos primordiales de la naturaleza. Para acrecentar aún más esa fertilidad pasaban varios días en una cueva, penetrando en el gran útero universal. La tierra, parafraseando a Eliade, está "viva" porque es fértil, y a todo lo que regresa a su interior se le provee una vez más de vida; por ello, cuando una pareja incapaz de procrear se introduce en la cueva, surge dotada de energía, sinónimo de fertilidad.

La importancia de estos rituales se entiende cuando nos acercamos a los términos empleados para designar a una mujer o a un hombre estéril; por ejemplo, en algunos diccionarios tzel-



tales y tzotziles del siglo XVI se les compara con un árbol seco, sin ramas, *toj te'*, algo yerto y sin vida; o bien *taquin-te antz*, "mujer-árbol seco", o *taquinton antz*, "mujer piedra seca", que reflejan una imagen de desolación, de carencia de vida: *mape antz*, "mujer que no pare".⁴ Otro dato proviene de los antiguos cakchiqueles, quienes llamaban al hombre estéril: *quere xa teulah yaru yaal ru tihily*, "hombre [que] no tiene ya calor en el semen".⁵

Este último término centra nuestra atención en una idea primordial: el *frío* se vincula con la esterilidad. Para ayudarnos a comprender estas ideas es preciso recurrir a las creencias de los mayas contemporáneos, quienes, no obstante los siglos de aculturación, conservan ciertos conceptos que reelaborados y enriquecidos nos permiten introducirnos en ese mundo indígena.

En estas comunidades, aunque la esterilidad no es frecuente, causa grandes preocupaciones. Los *k'ekchi'* se refieren a la mujer estéril con el término *l maac' a' ral*, cuya traducción aproximada sería "no hay nada de cría en la madre", que enfatiza la misma idea prehispánica.

En general, la imposibilidad de procrear es consecuencia de un desequilibrio en el cuerpo humano. Éste puede ser motivado por un proceso orgánico entendido por los indígenas como *natural*, causado al romperse la regulación entre lo *frío* y lo *caliente*, o al trasgredir interdicciones humanas; la esterilidad, en pocas ocasiones, puede ser un castigo sobrenatural o provocado por brujería.

Diversos autores han estudiado la bipolaridad frío-caliente y a grandes rasgos coinciden en que en estas ideas no intervienen fuerzas sobrenaturales; son un principio fisiológico y forman parte de la cosmovisión indígena; sin embargo, la naturaleza *fría* o *caliente* de seres humanos, objetos y alimentos, no se relaciona con el principio térmico de los cuerpos, ni con estados de ánimo que alteran el control del individuo, sino con otro tipo de cualidades, como son la fuerza interna de un ser humano, la manera en que se cuecen los alimentos, etcétera.

Cuando el equilibrio entre estas dos fuerzas se rompe, el individuo sufre un proceso patológico por un exceso de na-

⁴ Laughlin y Haviland, *The Great Tzotzil Dictionary...*, I, p. 270; Ruz, *Copanaguastla en un espejo...*, p. 160; Ara, *Vocabulario en lengua tzeltal...*, p. 330.

⁵ Coto, *Vocabulario de la lengua cakchiquel...*, p. 219.

turalidad fría o caliente y para contrarrestarlo se le dan alimentos y remedios ya sean fríos o calientes de acuerdo con la naturaleza del mal;⁶ el concepto está tan extendido, que los criterios sobre esta polaridad varían y no encontramos principios rectores del sistema. Un hecho que sí aparece en todos los grupos mayas consiste en que la *frialidad* en el hombre o en la mujer es una de las principales causas de esterilidad, la cual es transitoria o definitiva.

En el caso de la esterilidad masculina los tzotziles se refieren a un *frío* en el pene; el semen será aguado y el coito será doloroso para la mujer cuando el frío penetre en su vientre; además, le causará dolor de estómago. Hoy día los tzotziles se refieren a la impotencia masculina, que se puede equiparar con la esterilidad, con el término *sikubtasvan*, que contiene la raíz *sik*, “frío”.

La esterilidad femenina originada por una naturaleza *fría*, un “frío en la matriz”, imposibilita a la mujer para recibir el semen o hace que lo expulse de inmediato después del coito y no permite la fecundación; en general, alguna imprudencia o trasgresión provoca el tan temido desequilibrio.

Las trasgresiones pueden consistir, señala Guiteras, en tener en brazos a una criatura moribunda; con esto la mujer adquiriría la energía de muerte, el “aire frío” que aqueja al pequeño. Asimismo, a la mujer yucateca, mencionan Redfield y Villa Rojas, le está prohibido mojarse durante la menstruación; esto le causaría un terrible choque de fuerzas, pues durante esos días contiene una gran energía calorífica debido a que, creen los mochós, “se gasta la energía de la sangre” y al enfrentarse con un agente *frío*, se traduce en un desequilibrio interno. Durante los ocho días después del parto la mujer debe abstenerse de ingerir alimentos fríos o caminar descalza, dado que sufriría *pasmo*, mal que tiene entre sus síntomas la esterilidad; como la madre durante el alumbramiento pierde gran cantidad de calor, requiere de alimentos calientes que le ayuden a recuperar el equilibrio.

Otra causa vinculada con la frialidad entre los tzotziles, señala Guiteras, es un cierto tipo de aborto: cuando un mono macho —animal considerado como un espíritu maligno— le roba el feto a la mujer preñada, ésta permanecerá estéril por el resto de su vida debido a que recibió el *escalofrío* del macho y nunca lo abandonará; si fue la hembra, tendrá posibilidad de volver a embarazarse. Para evitar que el mono se robe al feto, la mujer duerme con los calzones de su marido sobre el vientre, que, suponemos, le transmitirán la fuerza del pene o harán que el mono la confunda con el hombre; además, se recurre a la fuerza de las plegarias y oraciones.

La esterilidad, nos dice Ruz al referirse a los tojolabales, puede ser causada por brujería cuando una mujer provoca envidia en su comunidad y se vengan de ella con un “mal puesto”. Los tzeltales, según Villa Rojas, señalan que una joven fue

objeto de un maleficio porque un brujo le *echó* la enfermedad de *enfriar* su interior y con ello evitó que procreara; el mal consistía en una bola fría que se movía por todo su estómago; una vez más lo *frío*, aunque sea consecuencia de la brujería y no de una trasgresión, se relaciona con la esterilidad.

Como proveniente del mundo sobrehumano, está la luna que puede actuar de manera imprevista y “no quiere darle hijos a la joven”. Los antiguos cakchiqueles mencionaban que cuando una mujer era estéril recibía este castigo por haber mantenido una conducta licenciosa: “Quando la muger es estéril por comunicarse a muchos.”⁷

Termer informa que en Guatemala, a principios de siglo, si se tenían pocos hijos era por un castigo de los seres divinos, lo que se trataba de evitar con rituales propiciatorios de sacrificio, penitencia y expiación. La pareja estéril recurría al hombre religioso de la comunidad y juntos quemaban copal, colocaban velas en los altares de piedra y ofrecían la sangre de aves. Acudir a lugares lejanos del pueblo, en el ámbito no civilizado, acercaba a los oferentes al mundo de lo sagrado, opuesto al profano simbolizado en el pueblo. Estos dones y sacrificios son los mismos que se ofrendaban a las deidades antiguas para alimentarlas, pues dada su condición etérea necesitaban de productos similares; el humo del copal y de las velas ascendería con facilidad al cielo, en tanto que la sangre del pollo, al caer a la tierra, alimentaría a las fuerzas terrestres que fortalecidas podrían ayudar con su energía a restablecer la fecundación humana.

Schultze Jena afirma que entre los quichés, antes de solicitar la mano de la futura esposa, los padres del muchacho ruegan a los antepasados de la joven, a una antigua deidad en figura de piedra, y al dios de la tierra que le den seis hijos a ese futuro matrimonio, reclamo que se repite en el momento en que se cumple la petición formal.

Algunos de los remedios que se le dan a la mujer o al hombre estéril, al igual que los rituales en la antigüedad, están encaminados a aumentar el vigor sexual y tienen un carácter mágico. Guiteras menciona que se recurre a los llamados “remedios aumentativos”, como por ejemplo, utilizar para la joven la raíz femenina de la yerba *guapito* remojada, con lo cual tal vez se espera acrecentar lo femenino. Las plantas medicinales aplicadas en forma de pociones o lociones, son sustancias que tienen por sí mismas sus virtudes específicas y cada una de ellas cumple una función para determinado aspecto del estado de salud.

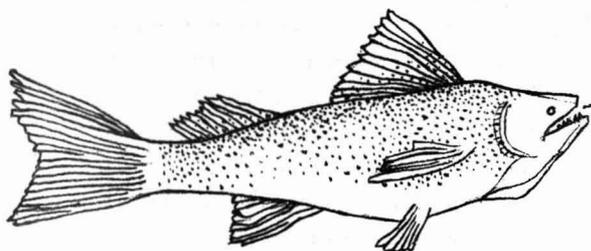
El tener una gran prole es signo de *status* y estima en la comunidad y los niños son altamente valorados; se les compara con un regalo divino, una pequeña flor, un lirio acuático. A tal grado se exalta la idea de una familia numerosa que, según reza una leyenda de Quintana Roo registrada por Villa Rojas, las mujeres que no tengan descendencia amamantarán a su muerte a una serpiente llamada Kukulcán. La antigua deidad benévola y creadora, por su forma serpentina se asocia

⁶ Véase López Austin, *Cuerpo humano...*; Redfield y Villa Rojas, *Chon Kom...*; Villa Rojas, *Los elegidos de dios*; Wisdom, *Los chortís...*; Guiteras, *Los peligros del alma*; Ruz, *Los legítimos hombres*.

⁷ Coto, *Vocabulario de la lengua cakchiquel...*, p. 219.

con el mal, bajo la influencia cristiana, o tal vez alude al pensamiento indígena contemporáneo donde es un animal asociado al agua y al frío.

Las ideas sobre la esterilidad y los remedios para lograr la fecundidad humana muestran cómo los pueblos mayas han vivido a lo largo de su historia, inmersos en un mundo mágico-religioso donde las desgracias y las enfermedades amenazan constantemente su existencia; tienen que hacer algo más que alimentarse y cuidarse de las fuerzas naturales para conservar su equilibrio, gracias al cual esperan lograr una vida fértil, imprescindible para su sobrevivencia. Es preciso permanecer alerta, no sólo para no trasgredir "la costumbre" y evitar así adquirir el temido frío o alteraciones en la sangre, sino, asimismo, para armonizar su conducta con el resto de la comunidad sin alterar principio alguno que conlleve al temido desequilibrio corporal. Este frío vinculado íntimamente con la esterilidad nos remite a la apremiante necesidad del calor para la procreación, por lo que encontramos una vez más la oposición simbólica de muerte y vida; tal vez ese frío provenga del inframundo, donde residen los muertos, y el calor del cielo, oposiciones que precisan de una armonía para permitir la procreación.



El hombre o la mujer estéril son repudiados por su familia y su comunidad, pues alteran el equilibrio establecido desde los tiempos de la creación; no cumplen con el papel que se les ha asignado, el de padres y madres que permitan la continuidad de la familia y la sobrevivencia del pueblo maya. ♦

Referencias bibliográficas

Obras teóricas de religión

- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Editorial Herder, Barcelona, 1988.
- Eliade, Mircea, *Tratado de historia de las religiones* (Enciclopedia Era, 11), Ediciones Era, México, 1972.
- Gélis, Jacques, *History of Childbirth. Fertility, Pregnancy and Birth in Early Modern Europe*, Northeastern University Press, Boston, 1991.

Obras sobre el periodo prehispánico y colonial

- Ara, fray Domingo de, *Vocabulario de lengua tzeldal según el orden de Copanabastla*, Mario H. Ruz (comp.), UNAM, México, 1986.

- Casas, fray Bartolomé de las, *Apologética historia sumaria...*, 2 vols., UNAM, México, 1967.

El libro de los cantares de Dz'itbalché, traducción y notas de A. Barrera Vázquez, en *Literatura maya* (Biblioteca Ayacucho, 157), Mercedes de la Garza (comp.), Editorial Galaxia, Barcelona, 1980.

Coto, fray Tomás de [*Thesaurus Verborum*] *Vocabulario de la lengua cakchiquel...*, René Acuña (comp.), UNAM, México, 1983.

Garza, Mercedes de la, *Aves sagradas de los mayas*, UNAM, México, 1995.

López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología, las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., UNAM, México, 1980.

Ximénez, fray Francisco, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala...*, 4 vols., Sociedad de Geografía e Historia, Guatemala, 1929.

Etnografías contemporáneas

Guiteras Holmes, Calixta, *Los peligros del alma. Visión del mundo de un tzotzil*, FCE, México, 1965.

—, "La magia en la crisis del embarazo y parto en los actuales grupos mayances de Chiapas", en *Estudios de cultura maya*, vol. V, UNAM, México, 1961.

Haeserijn V., Esteban, *Diccionario k'ekchi'-español*, Editorial Piedra Santa, Guatemala, 1979.

Laughlin, Robert M. y John B. Haviland, *The Great Tzotzil Dictionary of Santo Domingo Zinacantan...*, Smithsonian Institution Press, Washington, D. C., 1988.

Petrich, Perla, *La alimentación mochó: acto y palabra (Estudio etnolingüístico)*, CEI, UNACH, 1985.

Redfield, Robert y Alfonso Villa Rojas, *Chan Kom, A Maya Village*, The University of Chicago Press, Chicago, 1964.

Ruz, Mario H., *Los legítimos hombres. Aproximación antropológica al grupo tojolabal*, vol. II, UNAM, México, 1982.

—, *Copanaguastla en un espejo*, CEI, UNACH, México, 1985.

Schultze Jena, Leonhard, *La vida y las creencias de los indígenas quichés de Guatemala*, Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1947.

Termer, Franz, *Etnología y etnografía de Guatemala*, Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1957.

Villa Rojas, Alfonso, *Los elegidos de Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*, INI, México, 1978.

—, *Etnografía tzeldal de Chiapas. Modalidades de una cosmovisión prehispánica*, Gobierno del Estado de Chiapas, Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, 1990.

Wisdom, Charles, *Los chortís de Guatemala*, Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1961.